

(Se ha elegido el texto B para hacer la pregunta 1)

1.a La tesis del texto de Hume es que la idea de conexión necesaria entre causa y efecto no proviene de la razón ni de la experiencia directa. En realidad, surge del hábito o costumbre de ver dos sucesos ocurrir juntos repetidamente. Esta repetición genera en la mente una expectativa de que, al aparecer uno, seguirá el otro. Por tanto, la causalidad es una creencia psicológica, no un conocimiento racional.

1.b

David Hume sostiene que la idea de una conexión necesaria entre causa y efecto no puede derivarse ni de la experiencia ni de la razón. Para él, lo que percibimos son solo sucesos que ocurren juntos repetidamente, y la mente, por hábito, crea una expectativa de que uno seguirá al otro. En este sentido, la causalidad es una creencia psicológica, resultado de la costumbre, no una verdad lógica u objetiva. Esta postura implica un fuerte escepticismo sobre la posibilidad de conocer relaciones causales necesarias en el mundo.

Immanuel Kant, aunque reconoce la fuerza de esta crítica, no acepta el escepticismo radical de Hume. Kant afirma que la causalidad no es algo que aprendemos de la experiencia ni un simple hábito mental, sino una condición a priori del conocimiento. Esto significa que la mente humana posee, antes de toda experiencia, ciertas estructuras o categorías que organizan y hacen posible la experiencia misma. Entre estas categorías se encuentra la causalidad, que permite entender los fenómenos como conectados de manera necesaria y ordenada.

Así, mientras Hume reduce la causalidad a una expectativa basada en la repetición y el hábito, Kant eleva la causalidad a una función estructural del entendimiento que hace posible el conocimiento científico. En su *Crítica de la razón pura*, Kant explica que sin la categoría de causalidad la experiencia sería caótica y sin sentido, porque no podríamos identificar relaciones estables entre sucesos.

El diálogo entre ambos refleja dos formas diferentes de concebir la relación entre mente y mundo. Hume defiende una postura empirista y escéptica: la mente es pasiva y solo puede conocer lo que recibe por los sentidos, mientras que Kant sostiene una postura crítica y activa: la mente aporta principios universales que moldean la experiencia. Para Kant, entonces, la causalidad es una estructura necesaria para que la realidad sea cognoscible.

Este contraste también implica distintas actitudes hacia el conocimiento científico. Hume pone en duda su fundamento, pues la causalidad no es garantizada racionalmente, mientras que Kant justifica la ciencia al mostrar que el

entendimiento humano es capaz de aplicar categorías como la causalidad para conocer el mundo con certeza.

En conclusión, el problema de la causalidad sirve para ilustrar un diálogo clave en la filosofía moderna: Hume cuestiona la base del conocimiento, mostrando sus límites empíricos, y Kant responde estableciendo condiciones universales y necesarias para que dicho conocimiento sea posible. Este debate marca un antes y un después en la reflexión filosófica sobre cómo entendemos el mundo y nuestra capacidad para conocerlo

2.a

Aristóteles (384–322 a.C.) fue uno de los filósofos más influyentes de la historia. Discípulo de Platón, rompió con algunas ideas de su maestro para desarrollar un pensamiento más empírico y basado en la observación de la realidad. En su obra *Ética a Nicómaco*, trata de responder a una pregunta fundamental de la filosofía moral: ¿qué es vivir bien? Para Aristóteles, la ética no es una teoría abstracta, sino una guía para vivir de forma plena y alcanzar la felicidad, o eudaimonía.

La felicidad es el fin último que todos los seres humanos desean por sí mismo. A diferencia del placer, el honor o la riqueza, que pueden ser medios para lograr otra cosa, la felicidad es un fin en sí misma. Según Aristóteles, cada ser tiene una función propia, y el bien de ese ser consiste en realizar bien su función. Como el ser humano es un ser racional, su función específica es vivir de acuerdo con la razón. Por tanto, la felicidad humana consiste en una vida racional guiada por la virtud.

Las virtudes son disposiciones adquiridas que nos permiten actuar bien. Aristóteles distingue entre virtudes éticas (relacionadas con el carácter, como la valentía o la templanza) y virtudes dianoéticas (relacionadas con la inteligencia, como la sabiduría o la prudencia). Las virtudes no se poseen desde el nacimiento, sino que se adquieren mediante el hábito y la educación. La repetición de actos justos y moderados forma nuestro carácter moral.

Una de las ideas clave de la ética aristotélica es la doctrina del justo medio. Cada virtud es un punto medio entre dos extremos viciosos: por ejemplo, la generosidad está entre la tacañería y el derroche, y la valentía entre la cobardía y la temeridad. Este término medio no es una fórmula exacta, sino que depende de la situación y de la persona, y debe ser determinado por la razón práctica, guiada por la prudencia (*phronesis*).

La ética de Aristóteles también es una ética teleológica, es decir, orientada a un fin. Toda acción humana tiene un propósito, y el más alto de todos es la felicidad.

Este fin no es individualista: el ser humano es un animal social, y su realización solo es posible dentro de una comunidad política, la polis. La vida ética se desarrolla, por tanto, en relación con los demás y dentro de un entorno social justo.

Además, Aristóteles no busca una ética perfecta o ideal, sino una ética realista y práctica, que tenga en cuenta las debilidades humanas. Por eso, su pensamiento es muy actual: reconoce que no todos alcanzarán la sabiduría contemplativa, pero todos pueden esforzarse en mejorar su carácter mediante el hábito, la reflexión y la acción justa.

En resumen, Aristóteles plantea que la moral es el camino hacia la felicidad, y que esta se alcanza mediante el desarrollo de las virtudes a través de la razón y la práctica. Su ética es una propuesta equilibrada que busca formar buenos ciudadanos y personas íntegras, capaces de vivir bien consigo mismos y en comunidad.

3.a

René Descartes (1596–1650) es uno de los filósofos más influyentes de la Edad Moderna y considerado el padre de la filosofía moderna. Su pensamiento marca un giro radical en la forma de entender al ser humano, rompiendo con muchas ideas de la tradición medieval. El problema del ser humano en Descartes está relacionado con cuestiones fundamentales como la naturaleza del alma, la relación con el cuerpo, la capacidad de pensar y conocer, y el lugar que ocupa la persona en el mundo.

Uno de los aportes más importantes de Descartes es su método filosófico basado en la duda metódica. En su obra *Meditaciones metafísicas*, Descartes se propone poner en duda todo aquello que no sea absolutamente cierto, incluso los sentidos, la existencia del mundo exterior e incluso su propio cuerpo. Sin embargo, hay una verdad que resiste toda duda: “Cogito, ergo sum” (*pienso, luego existo*). Esta frase expresa que el hecho de pensar es prueba suficiente de la propia existencia. Por tanto, el ser humano se define, ante todo, como un ser pensante (*res cogitans*).

Esta idea lleva a Descartes a una visión dualista del ser humano, es decir, considera que el ser humano está compuesto por dos sustancias distintas:

- El alma o mente (*res cogitans*), que es inmaterial, inmortal y capaz de pensar.
- El cuerpo (*res extensa*), que es material, ocupa espacio y está sometido a las leyes de la física.

El problema filosófico que se plantea entonces es cómo interactúan estas dos sustancias tan diferentes. Descartes intenta resolverlo afirmando que el alma influye en el cuerpo a través de la glándula pineal, aunque esta explicación ha sido muy discutida a lo largo de la historia.

Otra cuestión importante es la autonomía del pensamiento humano. Para Descartes, el ser humano es un ser racional y libre, capaz de alcanzar el conocimiento por medio del uso adecuado de la razón. Este ideal racionalista se basa en la confianza en que la mente puede descubrir verdades universales sin depender de la experiencia sensible o de la tradición.

La importancia que Descartes da a la razón influye en una nueva concepción del ser humano como sujeto autónomo, centro del conocimiento y fundamento de la verdad. El ser humano ya no se define por su lugar en un orden divino (como en la Edad Media), sino por su capacidad de pensar por sí mismo, de investigar, dudar y buscar certezas.

En conclusión, Descartes inaugura una nueva forma de pensar al ser humano como un ser racional y autónomo, compuesto de alma y cuerpo, pero definido principalmente por su mente. Esta visión tuvo una gran influencia en la filosofía posterior, especialmente en el racionalismo moderno, y en la manera en que entendemos hoy la conciencia, la libertad y la identidad personal.

4.a

Friedrich Nietzsche (1844–1900) es uno de los filósofos más influyentes de la época contemporánea. Su pensamiento representa una profunda crítica a la tradición filosófica, moral y religiosa occidental, en particular al cristianismo. Uno de los temas más conocidos y polémicos de su obra es el problema de Dios, especialmente su célebre afirmación: “Dios ha muerto”.

Esta expresión aparece en varias de sus obras, como *La gaya ciencia* y *Así habló Zaratustra*, y no debe entenderse de forma literal, como si Dios hubiera existido y luego dejado de existir. Nietzsche no se interesa por demostrar la existencia o inexistencia de Dios como lo hicieron filósofos anteriores, sino que analiza las consecuencias culturales, morales y existenciales de la creencia en Dios.

Para Nietzsche, la idea de Dios, tal como ha sido concebida en la tradición cristiana, ha servido durante siglos como fundamento de la moral, del orden social y del sentido de la vida. Sin embargo, con el avance de la ciencia, la razón moderna y la pérdida de fe, esa creencia ha perdido fuerza. Cuando Nietzsche dice que “Dios ha muerto”, quiere decir que los valores tradicionales ya no tienen



el mismo poder, y que la cultura occidental ha entrado en una profunda crisis de sentido.

El problema, según Nietzsche, no es solo que Dios “muera”, sino que la humanidad no está preparada para vivir sin él. La desaparición de Dios deja un vacío: si ya no existe un fundamento absoluto del bien y del mal, si no hay una verdad eterna ni una vida trascendente, entonces el ser humano queda desorientado, enfrentado al nihilismo, es decir, a la idea de que nada tiene sentido ni valor objetivo.

Frente a este vacío, Nietzsche no propone volver a la fe ni sustituir a Dios por otra verdad absoluta. En cambio, invita a recrear nuevos valores desde la vida misma. El ser humano debe superar su dependencia de creencias externas y convertirse en lo que él llama el superhombre (Übermensch): un individuo capaz de afirmarse a sí mismo, de crear su propio sentido y de vivir con coraje en un mundo sin verdades absolutas.

Por tanto, el problema de Dios en Nietzsche no es solo religioso, sino también moral y existencial. La muerte de Dios implica el fin de una forma de pensar y de vivir, y exige una transformación profunda de la humanidad. Es una llamada a la libertad, pero también a la responsabilidad: sin Dios, el ser humano debe ser el creador de sus propios valores.

En resumen, Nietzsche plantea que la muerte de Dios simboliza el fin de la moral tradicional y el inicio de una nueva etapa en la que el ser humano debe enfrentar el desafío de vivir sin verdades impuestas, asumiendo su libertad para crear sentido en un mundo sin fundamentos trascendentes